



## Sor Juana, el detonador versátil del barroco

Gloria Vergara

*¡Oh siglo desdichado y desvalido  
en que todo lo hayamos ya servido,  
pues que no hay voz, equívoco ni frase  
que por común no pase y digan los censores:  
¿Eso? ¡Ya lo pensaron los mayores!*

Sor Juana

**H**ablar de Sor Juana implica hoy enfrentarnos a la orquesta que armoniza el tiempo indisoluble de dos siglos desdichados: el de ella y el nuestro. En ambos “andan los

poetas desvalidos”, enunciando lo extraño o lo ya dicho como insuperable. En los dos surge el remanso de ideales y se abre puerta a las epidemias. En ambos la conquista religiosa está a la orden del día, y —esto es más notorio—, en aquel siglo como en éste, son escasos los hijos naturales que heredan una biblioteca del abuelo materno.

Pero Sor Juana heredó también la destreza del verso, las voces barrocas de Góngora y Quevedo y el afán tremendo de una erudición capaz de enmarcarlo todo en una esfera que tiempo después

—ya en nuestro siglo— Alfonso Reyes llamaría función ancilar. Así, la Musa deja ver la poderosa relación que existe entre unas ciencias y otras cuando responde inteligente a Sor Filotea de la Cruz:

*¿Cómo entendería el estilo de la Reina de las Ciencias quien aún no sabe el de las ancilas? ¿Cómo sin Lógica sabría yo los métodos generales y particulares con que está escrita la Sagrada Escritura? ¿Cómo sin Retórica entendería sus figuras, sus tropos y locuciones? ¿Cómo sin Física, tantas cuestiones naturales de las naturalezas de los animales de los sacrificios [...]? ¿Cómo sin Aritmética se podrán entender tantos cómputos de años, de días, de meses, de hebdómadas tan misteriosas como las de Daniel [...]? ¿Cómo sin Geometría se podrá medir el Arca Santa del Testamento y la Ciudad Santa de Jerusalén,*

cuyas misteriosas mensuras hacen un cubo en todas sus dimensiones? ¿Cómo sin Arquitectura, el gran Templo de Salomón [...]? [...] ¿Cómo sin grande erudición tantas cosas de historias profanas, de que hace mención la Sagrada Escritura; tantas costumbres de gentiles, tantos ritos, tantas maneras de hablar?<sup>1</sup>

Siguiendo esta perspectiva, podemos encontrar el detonador versátil que no sólo resuelve el problema de la fe y lo divino desde un punto de vista estético. También en su visión intelectual Sor Juana hace del escritor un conocedor innato. Allí radica la salvación del siglo que le corresponde. Porque sólo en la multiplicidad de voces puede distinguirse el terreno de lo sagrado en donde el amor, la fe y la poesía fluyen naturalmente. Allí es donde surge esa otra orilla que siempre buscamos insaciables, como afirma Octavio Paz en *El arco y la lira*.

Gracias a este decantamiento que proviene de lo ancilar, Sor Juana rebasa los parámetros de su tiempo como mujer, como religiosa y como creadora. En cualquiera de estos aspectos asombró y sigue asombrando a los deambulantes humanos.

Concretándonos al terreno de la creación, podemos ver la pluma presurosa que conforme se enclava en un soneto, corre entre los villancicos o se enreda en el ámbito de la escena; no tiene límites para representar las situaciones. En el teatro confluyen los personajes mitológicos y los cortesanos. El enredo marca la naturaleza de cada uno en la confusión circunstancial que los envuelve. Allí el intelecto favorece tanto a Celia como a Baco; Ariadna, como Leonor, sufre de celos. Pero al escenario llegan



también la Dicha y la Fortuna, el Invierno y el Estío, en las loas que preceden a *Los empeños de una casa* y *Amor es más laberinto*. La obra de Sor Juana es un carnaval en donde los ovillejos se visten de ironía, la prosa se sienta grave y las letras sagradas se encadenan en alabanza. El rey y el sirviente pasan, el orador habla de la ausencia de Cristo, la niña deja de comer queso y escribe cosas profanas, el Divino Narciso contempla su muerte y

América se enfrenta a la seducción religiosa. ¿Cómo enfocar tanto divertimento? Con el intelecto. Y ¿con qué mirada? Con el alma humana.

Y sí, en la poética de Sor Juana hay un solo testigo que puede espiar el regocijo del mundo. Lo anuncia el único papelillo que, según sus palabras, escribió por propio gusto: *El sueño*.

[...] *el Alma que asombrada de la vista quedó de objeto tanto,*



*la atención recogió, que derramada en la diversión tanta, aún no sabía recobrar a sí misma del espanto que portentoso había su discurso calmado, permitiéndole apenas de un concepto confuso el informe embrión que, mal formado, inordinado caos retrataba de confusas especies que abrazaba.*<sup>2</sup>

Por eso el alma está en el sueño, y el sueño —como presentación instantánea de la muerte— revela todas las apariencias del mundo. La belleza, el amor, la juventud son “vanas diligencias” del sentido que nos dilatan en la percepción de la inteligencia. Y, aunque también el sabio es necio como en *Eclesiastés* o *El elogio de la locura* de Rotterdam, el conocimiento versátil es la única puerta que nos acerca a la plenitud y nos hace ser auténticos. Pero mientras el Alma viva en vaguedades, los trescientos años surgirán de la voz muerta, como el Divino Narciso, para quedarse en el caracol de la oreja y repetirnos en el sueño imperceptible nuestro tiempo desdichado:

*Y así andan los poetas desvalidos,  
achicando antiguallas de vestidos;  
y tal vez, sin mancilla,  
lo que es jubón, ajustan a ropilla,  
o hacen de unos centones  
de remiendos diversos, los calzones;  
y nos quieren vender por  
extremada,  
una belleza rota y remendada.*<sup>3</sup>◆

### Notas

<sup>1</sup> Respuesta a Sor Filotea de la Cruz en *Obras completas*. México: Porrúa, “Sepan cuantos” 100, 1992, p. 831.

<sup>2</sup> *El sueño* en *Obras completas*, p. 193.

<sup>3</sup> *Ovillejos* en *Obras completas*, p. 174.